

El Rey Enviado Por Dios

Martín Lutero

Sermón para el Primer Domingo de Adviento.

Fecha: 3 de diciembre de 1531.

Texto: Mateo 21:1-9. Cuando se acercaron a Jerusalén, y vinieron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió dos discípulos, diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pe Hño con ella; desatadla, y traédme los. Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará. Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el profeta, cuando dijo: Decid a la hija de Sion: He aquí tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna, sobre un pollino, hijo de animal de carga. Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó; y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y él se sentó encima. Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino. Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!

I. La venturosa venida del Rey Cristo a los pobres.

El Rey viene a los que son cautivos del pecado y de la muerte.

El Evangelio de hoy es un Evangelio muy conocido, ya que se lee dos veces al año. No obstante lo usaremos también para el sermón de hoy. Pues como el predicar no debe tener otra finalidad que la de alabar a Dios e instruirnos y exhortarnos vosotros los oyentes, hagamos esto mismo también ahora, para honra y gloria del Señor. Con el día de hoy entramos en la estación llamada Adviento del Señor, en la cual se conmemora esa inefable bendición de Dios que consiste en que él envió al mundo a su Hijo nacido de la virgen María, tal como ya lo habían anunciado los profetas. Por este don indeciblemente grande debemos alegrarnos y darle gracias, y no permanecer tan indiferentes como el mundo ruin. Y para estimularnos a esta alegría, el evangelista cita el pasaje del profeta Zacarías: "Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna" (Zac. 9:9). Todo esto son palabras de acento cálido, amoroso y suave, que nos incitan a gozarnos, ya que nos retratan a nuestro Rey con colores tan luminosos que el corazón humano no puede menos que alegrarse y dar voces de júbilo, máxime si siente necesidad de tal Rey. Los que no lo necesitan, no se llaman "hija de Sion" sino "hija de Babilonia". Mas a los que tienen el corazón lleno de congoja y yacen en las prisiones de la muerte, a ellos se les pregona este mensaje. Por eso el profeta exhorta a la "hija de Sion" a que prorrumpen en cánticos todos aquellos que puedan cantar. Y por eso también yo entonaré un himno que arrancará voces de júbilo a nuestro corazón, a saber, el himno: "He aquí, tu Rey viene a ti". Hasta ahora estuviste sin Rey y Señor; cautivo estuviste, sometido a la muerte y al diablo, tu condición fue la misma que la del diablo en el infierno. Además estuviste sumido en incredulidad

y desesperación, en odio y envidia, en terrores de conciencia y peligro de muerte. Todos éstos te tuvieron dominado. Pero ahora vendrá el que quiere ser tu Protector; amparado por él podrás defenderte contra tus crueles enemigos. Esto es lo que deseabas desde un principio; porque siempre anhelabas la libertad, tu alma suspiraba por un Rey, para que no tuvieras que ser ya esclavo del diablo y del pecado. Este Rey - ahora lo tienes; tu ferviente deseo está cumplido. ¡Alégrate, pues y salta de gozo!

El Rey viene en pobre apariencia, y no obstante enriquece al que cree en él.

¿De qué modo empero viene a nosotros este Rey? En este punto discrepan la razón y la fe, y en este punto discrepa también la opinión de los judíos, que esperan que el Rey venga de un modo carnal, de la opinión de los cristianos piadosos, que le esperan en espíritu. El Rey no viene con caballos, arcabuces y corazas, con trombones y cornetas, como soñaban los judíos. Así le esperan los que no buscan en él más que lo que atañe a los bienes materiales. Pero él no viene con costales repletos de trigo, con bolsas llenas de dinero con bodegas bien provistas de vino, para que se pueda llevar una vida en la opulencia, y ocupar además un lugar de privilegio entre todas las naciones de la tierra. Así es como los judíos aún hoy día esperan a su rey. La ceguedad carnal no pide de su rey otra cosa que esto. ¡Mas tú abre tus ojos! El advenimiento del Rey tuyo no tiene por objeto llenarte a ti la barriga. Esto, el proveer para tu sostén, es tarea natural de la tierra, a la cual Dios se lo encargó ya en el principio de la creación (Génesis 1:29, 30). En cambio, el vestido, la armadura y el adorno con que se presenta el Rey tuyo es la justicia de la cual está lleno. Le verás cabalgar sin oro, sin plata, y sin todo ese fausto que tanto aprecia el mundo; sin embargo, su justicia es tal que el esplendor que emana de ella hace que el sol, la luna y las estrellas tengan que esconderse ante este vestido cuyos nombres son Justicia y Salvación. Por esto, ¡abre los ojos y afina los oídos! En lo que te digo yo es preciso que creas, no en lo que te dicte tu razón. De otra manera, si te atienes a lo que ven tus ojos, dirás que este Rey es demasiado sencillo, no hallarás en él nada que pueda causarte gozo, alegría y consuelo, y le tendrás por una triste caricatura de un rey. Pero ¡mírale con ojos espirituales! Verás entonces que su ornamento y su esplendor es tan grande que sobrepasa toda imaginación. Justicia y Salvación: ¡he aquí el tesoro que este Rey nos trae! ¡Alegraos pues y dad voces de júbilo, porque de justicia y de salvación habréis de ser vestidos!

II. Los dones con que nos alegra el Rey: justicia y vida. La justicia es el primer adorno con que Cristo nos quiere engalanar.

El primer adorno de Cristo es la justicia. Al observar el mundo entero, veo cómo los reyes y emperadores lucen coronas, piedras preciosas, anillos, cadenas de oro, etcétera, y no obstante, debajo de este lujo hay una tremenda inmundicia y un hedor más repugnante que el del mismo infierno, y esa inmundicia y ese hedor se llama: pecado. Y aunque estuviesen ataviados de oro puro, sin embargo este atavío adorna un vientre lleno de pecados, incredulidad, blasfemia, avaricia y maldad. Y así es todo aquel que está lejos de este Rey Cristo. Cristo en cambio está lleno de justicia. Por lo tanto, si se compara el ornamento de él con el del mundo entero y todos sus reyes, hallaremos a éstos relucientes de oro, es verdad; pero ¿de qué les sirve, si debajo de esta deslumbrante superficie yace el pecado? Y por otra parte, ¿en qué le perjudica a Cristo el cabalgar sobre una asna, siendo que en él no hay pecado alguno, sino pura justicia? No te fijes pues en la apariencia pobre de Cristo, exenta de toda pompa. No es que sea una injusticia que los

reyes lleven coronas, alhajas de oro y cosas por el estilo; pero aquí estamos comparando estas cosas con Cristo, y comparadas con él, verdaderamente son una nada.

Que Cristo es llamado "el justo", significa —y con esto él quiere consolarnos— que nuestro Rey viene para luchar contra el pecado y para engalanarme con su adorno a fin de hacernos justos y piadosos. Es preciso, pues, que entendamos bien lo que estas palabras quieren decirnos. "Justo" se llama Cristo por cuanto nos quiere hacer justos. En tiempos pasados, cuando yo leía las palabras "Dios es justo", se apoderaba de mí un miedo terrible; porque en aquel entonces, "justicia" significaba para mí "dar a uno lo que en verdad le corresponde". Mucho más me habría gustado que se llamara a Dios "el misericordioso" en vez de "el justo". Pero la "justicia" de que se habla aquí en nuestro texto, en realidad no es otra cosa que misericordia —y una misericordia inenarrable, que consiste en que Cristo quita de nosotros nuestros pecados y nos adorna con su justicia. No viene para condenarte, ni con la intención de entrar en juicio contigo. Antes bien, él se llama justo por cuanto te hace justo a ti que eres injusto y no te puedes desprender del pecado. Pues ni aún todos los cartujos pueden aquietar su conciencia cuando ésta se halla alarmada por un pecado, por insignificante que sea, ni puedes tú salir del error y de la incredulidad mediante tu propia justicia, porque el poder de Satanás te tiene encadenado. Pero en estas circunstancias, en que tú estás amarrado al pecado, con la conciencia perturbada, y sin otra posibilidad que la de practicar el mal, en estas circunstancias vino Cristo y no sólo quita tu pecado sino que además te fortalece con su justicia en tal forma que de ahí en más ya no practicas el pecado como lo hacías antes sino desistes de pecar. Justicia, éste es uno de los vestidos con que Cristo quiere adornar a todos aquellos que no pueden deshacerse de sus pecados por sus propias fuerzas; con este vestido, Cristo cubre a los creyentes para que sean justos y santos como lo es él mismo.

¡Quién pudiera inculcar a los hombres esta consoladora verdad para que no la olvidaran jamás! La consecuencia sería una alegría sin par, a saber, la alegría de sabernos librados de nuestro pecado y adornados con la justicia de Cristo. Pero en la realidad de todos los días, lo que sigue a la promulgación de este mensaje, es que a raíz de ella, el mundo pierde el juicio totalmente, porque quiere confiar en sus propias obras y en su propia justicia. La prueba está en que en nuestros días se condena precisamente esta doctrina del evangelio, y se nos culpa a nosotros de que impedimos las buenas obras y omitirnos hacer hincapié en que tales obras deben hacerse. Mas si yo tengo que predicar que mi justicia se basa en mis propias obras y méritos, ¿qué necesidad hay de este Rey y su justicia, si ya basta con mi ayunar y rezar? Esta prédica acerca de la justicia que nos da Cristo es tan consoladora, y sin embargo, hace que en muchos corazones se levante contra ella un encono tal que a nadie se le odia más que a los que predicán esta justicia. Si nos desentendiéramos de este Rey y optáramos por querer alcanzar la justicia mediante nuestras propias obras, el mundo sería nuestro buen amigo. ¡Pero no! Mantenemos lo dicho de que somos pobres pecadores, y que todos los esfuerzos que hacemos con la observancia de reglas monásticas y con las peregrinaciones, no me adelantan un solo paso en dirección a la justicia verdadera. Pues el texto de nuestro sermón dice: "El Rey viene" (v. 5 y 9), para que no me quepa la menor duda de que él me regala a mí la justicia suya. Si crees esto, no puedes menos que gozarte; pero si no estás alegre, es porque no te das cuenta de la miseria en que vives a causa de tus pecados, o porque crees que tú mismo tienes que luchar contra ellos hasta vencerlos. Pero Cristo quiere otra cosa. Él quiere que tu victoria, la victoria sobre el pecado, sea ganada por él, y que por él, tú seas hecho un hombre capaz de vencer el pecado, la muerte y el diablo.

La salvación y la vida es el segundo adorno con que Cristo nos engalana.

Si crees esto, posees el tesoro entero: en primer lugar eres limpiado de los pecados y obtienes la justicia, y en segundo lugar eres liberado de la muerte y recibes de Cristo la salvación y abundante ayuda. O sea: con Cristo viene a ti la justicia, y la vida que en verdad merece ser llamada "buena". Él quita de ti los pecados y la muerte; en lugar de pecador eres considerado ante Dios como justo, y en lugar de muerte se te da vida. Piénsalo, y compara estos dos bienes con el poder y la gloria del mundo. ¿Qué es el tesoro de todos los reyes comparado con este tesoro llamado "vida"? Todos ellos no pueden librar de la muerte ni siquiera a un solo hombre. ¿Y qué es, además, la santidad de todos los monjes y la sabiduría de los varones más esclarecidos de la tierra, contra lo que Cristo nos ofrece? No son capaces de dar consuelo a un solo alma; por esto son nada y menos que nada frente al más pequeño de los pecados. Cristo en cambio trae consuelo no para, un pecado solo, sino que quiere brindarte consuelo eterno y la justicia que posee él mismo. Y de esto resulta una justicia genuina y cierta, que no se basa en mí mismo; porque en tal caso, sería incierta. En cambio, si mi justicia está fundada en Cristo, se halla en un lugar donde nadie la derriba. Y lo mismo sucede con mi vida.

Conclusión: La pobreza de este Rey no debe ser un tropiezo para nadie.

No olvidemos, sin embargo, que la forma como viene Cristo puede resultar chocante: él no viene como suelen hacerlo los reyes de este mundo, sino "pobre como un mendigo". No debes ofenderte, pues, si los que quieren atenerse a este adorno, es decir, a la justicia de Cristo, a su vez también tienen que ser mendigos, y conformarse con poseer solamente a él. Cualquier otra doctrina la puede aguantar Satanás, menos ésta. Todos los hombres están deseosos de acrecentar su fortuna y su renombre, lo que significa que esta doctrina forzosamente tropezará con el desdén y el rechazo general; pues no tiene que ver con poderío, sino con humildad. Por tanto, quien quiera gozar el beneficio de esta doctrina acerca de la justicia, no se escandalice ante la cruz y de que el mundo siga en su locura.

Éste es, pues, el mensaje que nos deja el Evangelio de hoy: Debemos dar gracias a Dios, abrir nuestro corazón a la alegría y al júbilo, y cuidarnos de la ingratitud con que llevaríamos a Cristo a la muerte. Así lo hicieron los judíos, y así vemos aun en nuestros días cómo se desprecia a Cristo. Lo que le sucedió en Jerusalén, su ciudad, le sucede de igual manera en el mundo actual. Tú empero empéñate en ser hallado; "en la multitud de aquellos que cortan ramas de los árboles y las tienden en el camino y entonan el himno de agradecimiento: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!"